

MUJERES MIGRANTES EN PRODUCCIONES AGRARIAS DE RÍO NEGRO: APORTES PARA ABORDAR LA INTERSECCIONALIDAD EN LAS DESIGUALDADES

Trpin, Verónica¹ - Brouchoud, Silvia²

¹ CONICET/GESA - UNCo. Cipolletti, Río Negro. E-mail: vtrpin@hotmail.com

² CONICET/GESA - UNCo. Centenario, Neuquén. E-mail: silviabrouchoud@gmail.com

Resumen

En la última década, en el marco de las investigaciones socio-antropológicas que hemos desarrollado sobre migraciones limítrofes en los valles irrigados de Río Negro, abordamos las desigualdades presentes en contextos laborales, desde el análisis de las pertenencias étnicas y de clase y de las relaciones de género presentes en la circulación de hombres y mujeres en torno a la fruticultura y a la horticultura. Este artículo tiene el propósito de dar cuenta de nuestros recorridos y decisiones teóricas en el trabajo con mujeres migrantes de origen chileno y boliviano, insertas en producciones agrarias en el Alto Valle y en el Valle Medio de Río Negro.

Consideramos que resulta de gran interés para el estudio del proceso migratorio de mujeres la apelación a la interseccionalidad en las desigualdades como modo de problematizar las relaciones de poder que vivencian las migrantes, y que producen formas específicas de subordinación en el marco de contextos socioeconómicos y políticos determinados a la vez que habilitan posibles y específicas formas de resistencias.

Palabras clave: Migrantes – Género – Fruticultura – Horticultura - Interseccionalidad

MIGRANT WOMEN IN AGRICULTURAL PRODUCTION OF RÍO NEGRO: CONTRIBUTIONS TO STUDY THE INTERSECTIONALITY OF INEQUALITIES

Abstract

In the last decade, in the context of socio-anthropological research that we developed about border migrations in Rio Negro, we study the inequalities in work contexts in rural areas from the approach of class and ethnic belongings and gender relationships present in the circulation of men and women around the fruitculture and horticulture.

This paper aims to show the theoretical decisions in working with migrant women from Chilean and Bolivian inserted in the agricultural production in the Alto Valle and Valle Medio of Río Negro.

We believe that it is of great interest to study the migration of women to appeal to the inequality intersectionality as a way to problematize the power relations migrants experienced, and produce specific forms of subordination in the context of socio-economic and political contexts while enabling potential and specific forms of resistance.

Key words: Migrants – Gender – Fruitculture – Horticulture – Intersectionality

Introducción

Las investigaciones socio-antropológicas que hemos desarrollado en la última década sobre migraciones limítrofes en los valles irrigados de Río Negro, se han visto enriquecidas desde el recorrido por lecturas vinculadas a los aportes de la teoría feminista,

de los estudios de mercados de trabajo y migratorios. Dichas perspectivas permitieron otorgar mayor complejidad a las desigualdades presentes en contextos laborales en espacios rurales y atender las pertenencias étnicas y las relaciones de género en la circulación de hombres y mujeres en torno a la fruticultura y a la horticultura.

Este artículo tiene el propósito de dar cuenta de nuestros recorridos y decisiones teóricas en el trabajo con mujeres migrantes de origen chileno y boliviano insertas en producciones agrarias en el Alto Valle y en el Valle Medio de Río Negro, problematizando las pertenencias de clase, etnicidad y género¹. Los espacios estudiados tienen la particularidad de contar con producciones agrarias dinámicas y en expansión con alta demanda de mano de obra temporal que fue resuelta, en diferentes períodos históricos, con población de origen migrante. En las actividades estudiadas predomina una masculinización del trabajo, donde se construyen espacios “dominados por varones”.

En el caso del Alto Valle, las labores propias de la actividad frutícola (basada principalmente en la producción de peras y manzanas) fueron tradicionalmente resueltas por pequeños productores y sus familias. Sin embargo, en las épocas de cosecha, la mano de obra familiar no era suficiente, por lo que comenzó a emplearse mano de obra de origen extrarregional, principalmente de origen chileno, desde mediados del siglo XX. Se fue consolidando así un flujo migratorio de hombres y mujeres del país limítrofe que paulatinamente fue asentándose en las áreas rurales de esta región durante las décadas de 1960 y 1970.

Por su parte, el Valle Medio presenta, a diferencia del Alto Valle, una estructura productiva y comercial más diversificada; actualmente se constituye como una región productora de frutas de pepita y de carozo, de variedades de hortalizas y forrajeras. Particularmente, la horticultura viene registrando una lenta y constante evolución en cuanto a superficie sembrada en la provincia de Río Negro, pero dentro del crecimiento provincial, el Valle Medio se destaca por ser el más importante. De manera similar a lo que sucede en otras regiones del país, el sector hortícola demanda una importante cantidad de mano de obra para atender las tareas básicas del cultivo como la siembra, los cuidados culturales y la cosecha. En los últimos años, los sistemas hortícolas son gestionados en su mayoría por

¹ En este trabajo se recupera lo abordado en el proyecto de investigación ya finalizado “Trabajadores rurales migrantes y territorios frutícolas. Trayectorias laborales y migratorias en la provincia de Río Negro” (UNCO, D0/71) como los avances del proyecto en curso “Movilidad y Territorio: condiciones de vida y de trabajo de familias hortícolas en el Valle Medio del río Negro” (UNCO, 04/D088), ambos aprobados y financiados por la Secretaría de Ciencias y Técnica de la Universidad Nacional del Comahue. Por otro lado, se incorporan las primeras indagaciones de una de las autoras en el marco de una beca doctoral de CONICET, cuya propuesta se titula “Mujeres en la horticultura del Valle Medio de Río Negro: trayectorias laborales y migratorias en la construcción de territorios”.

productores de nacionalidad boliviana que han llegado a la zona como trabajadores rurales en la década de 1980 y 1990.

Cabe destacar que tanto en la zona de estudio como en el resto de la Argentina, las investigaciones más tradicionales se han caracterizado por destacar una dominancia masculina en el hecho migratorio en relación a los mercados de trabajo, relegando a las mujeres a un papel pasivo o sólo como acompañantes de los varones/trabajadores. Si bien en los últimos años ha aumentado el interés por el estudio de la migración femenina destacándose como fenómeno la llamada “feminización de las migraciones”, su relevancia no recaería tanto en las evidencias cuantitativas sino más bien en transformaciones de los enfoques teóricos que orientan los hallazgos empíricos.

Consideramos que resulta de gran interés para el estudio del proceso migratorio de mujeres la apelación a la interseccionalidad en las desigualdades como modo de problematizar las relaciones de poder que vivencian las migrantes, y que producen formas específicas de subordinación en el marco de contextos socioeconómicos y políticos determinados a la vez que habilitan posibles y específicas formas de resistencias (Pizarro, 2011).

Las inquietudes e incomodidades teóricas a las que nos enfrentamos como investigadoras suelen forcejear con ciertas miradas heteronormativas y patriarcales que se superponen en la orientación de nuestros estudios. Como desafío nos interpela el sometimiento permanente a una reflexividad conceptual así como metodológica tanto en el desarrollo del trabajo de campo como en el análisis y escritura de nuestras investigaciones.

En el quehacer de la investigación ha sido necesario resignificar nuestras formaciones disciplinares para abordar y acercarnos a comprensiones más complejas de las problemáticas regionales estudiadas: los procesos de trabajo en fruticultura y en horticultura en la provincia de Río Negro. Por ello destacamos la relevancia de contar en las investigaciones con graduados y graduadas con diversa formación de grado y postgrado que han permitido enriquecer y profundizar una perspectiva interdisciplinaria de las migraciones.

Nuestras investigaciones se basan en un diseño principalmente cualitativo, en las cuales, los estudios de caso y los relatos biográficos se constituyen en piezas clave. En este sentido, las observaciones, registros y entrevistas elaboradas durante la permanencia en las áreas de estudio, se combinan con datos secundarios que provienen de la sistematización de censos de población, encuestas agropecuarias y bibliografía específica. Estas opciones

metodológicas nos han permitido recuperar las trayectorias de hombres y mujeres en sus espacios de trabajo y en momentos de participación fuera de los espacios productivos.

Migración e interseccionalidad

La movilidad de las poblaciones en el territorio patagónico constituye un campo de indagación diverso que nos ha permitido no sólo el diálogo interdisciplinar, sino también una revisión conceptual permanente, de modo de dar cuenta de las transformaciones en los procesos y las complejas adscripciones y desigualdades que atraviesan las trayectorias migratorias de los varones y mujeres presentes en los espacios estudiados.

A continuación presentamos algunos cruces conceptuales que han guiado nuestras investigaciones en el abordaje de la presencia de mujeres migrantes en las producciones agrarias analizadas y que han posibilitado sostener un abordaje desde la interseccionalidad.

Consideramos que resulta de gran interés para el estudio del proceso migratorio de mujeres la apelación al género y a la interseccionalidad en las desigualdades como modo de problematizar las relaciones de poder que vivencian las trabajadoras migrantes, y que producen formas específicas de subordinación en el marco de contextos socioeconómicos y políticos determinados a la vez que habilitan posibles y específicas formas de resistencias (Pizarro, 2011). Centrando el análisis sobre la forma en que los/as sujetos/as vivencian múltiples opresiones, Florya Anthias desde el concepto de interseccionalidad contribuye a visualizar la convergencia entre distintas formas de opresión y la necesidad de conectar entre sí las divisiones y las identidades de género, etnicidad y clase social, al sostener que “no se trata de adicionar subordinaciones en tanto estas no se experimentan de manera separada, por lo tanto “ocupar un lugar es situarse en una intersección” (2006: 14). Posicionada en esta complejidad analítica, la autora señala que en contextos migratorios las identidades colectivas y las pertenencias se construyen de acuerdo a las posibilidades y a los límites que ofrece el contexto². En tanto las pertenencias son relacionales y se expresan a través de las prácticas y los procesos experienciales, se desplazan y cambian dependiendo de las localizaciones por donde transitan y se asientan los grupos migratorios en momentos concretos, en términos de clase, género, momento del ciclo de vida.

Migración, clase y etnicidad

Los estudios que hemos desarrollado sobre poblaciones migrantes de origen limítrofe en el norte de la Patagonia, han estado vinculados en las últimas décadas a la configuración

² Dicho término comenzó a circular en la década de 1970 desde las luchas y reivindicaciones de las feministas negras para denunciar la opresión de las mujeres afrodescendientes en los Estados Unidos (Davis, 1981).

de mercados de trabajo y nichos productivos dominados por varones en actividades agrarias (Trpin, 2004; Radonich, Trpin y Ciarallo, 2011; Steimbregger; Trpin y Bendini, 2011). En dichas investigaciones el énfasis situado en los migrantes y el trabajo depositó el análisis en las vinculaciones entre clase y etnicidad para comprender las estrategias de inserción laboral y productiva de los migrantes y su descendencia.

La configuración de mercados de trabajo y su relación con las migraciones ha sido una tendencia presente en los estudios sobre circulación poblacional. Dichas investigaciones tienen anclaje en modelos económicos y productivos y relacionados a la reestructuración capitalista, caracterizada por la expansión de trabajo estacional (generalmente migrante), la subcontratación y tercerización (Neffa, de la Garza Toledo, Muñiz Terra, 2011). Los autores referenciados expresan que en Latinoamérica se experimentaron procesos de transformación estructurales y otros subjetivos, en tanto se agudizó la presencia de mano de obra poco calificada y barata, sindicatos debilitados y bajos salarios, entre otros, contexto en el que los procesos de acumulación se sostuvieron, en parte, por la absorción de trabajadores precarizados como los migrantes temporarios.

La teoría de los mercados duales de Piore (1979) pone su foco en el área receptora de las migraciones a través de un análisis macro de los factores estructurales. No obstante, su estudio está basado en las migraciones internacionales contribuyendo a un análisis de la segmentación de los mercados en sociedades industriales avanzadas. Esta teoría “pone en relieve un factor importante para que estas se produzcan a nivel internacional: la demanda estructural de mano de obra, que es inherente al ordenamiento económico de las sociedades avanzadas contemporáneas” (Arango, 2003: 15).

En Argentina, los mercados de trabajo posibilitan la conformación de nichos laborales que se constituyen por estigmas de origen, relacionado a un determinado oficio o actividad el origen étnico-nacional (bolivianos/as en la horticultura, chilenos/as en la fruticultura, paraguayos en la construcción, bolivianos/as en la industria textil). En este sentido, las migraciones de países vecinos son las más activas beneficiadas por cadenas migratorias, así como procesos políticos y económicos de estos países que influyen la consolidación de los flujos migratorios. En términos generales se caracterizan por su estacionalidad y perdurabilidad a lo largo de la historia (Pacceca y Courtis, 2008).

La inserción de los migrantes limítrofes en los mercados de trabajo ha sido generalmente en los mercados secundarios, dada su condición social. De esta manera se ubican en los sectores más desvalorizados del mercado, dado por “la precariedad de la relación laboral y las condiciones contractuales o condición de trabajo más duras”

(Benencia, 1998-1999: 435). En relación a ello se expresa: “las migraciones resultan de la desigual distribución espacial del capital y del trabajo” (Arango; 2003: 3). Para Sassen (2007) las migraciones representan el proceso principal a través del cual se establece la economía política transnacional, a partir de los estigmas laborales mencionados anteriormente.

Según Pedreño Cánovas (2005), los flujos migratorios sólo pueden comprenderse en el marco de la fragmentación de las sociedades capitalistas, en las que es cada vez más frecuente la presencia de sectores subalternizados, a partir del cual la etnicidad se constituye en un marcador de posibilidades y de posiciones en la distribución de recursos. Por ello, las categorías migratorias no contienen a todos los sujetos de igual modo en la circulación inter-fronteriza o dentro de un estado nacional. Parafraseando a Pizarro (2011) los que representan al capital y los trabajadores tendrán destinos diferenciales (Trpin y Rodríguez, 2014).

En los estudios realizados en el Alto Valle y Valle Medio de Río Negro se observa que la complejidad que encierran la migración y la visibilización de grupos y de adscripciones sociales vinculadas al origen nacional, requirieron de un abordaje que combinara diferentes aspectos de la construcción de alteridades, más aún, considerando la doble pertenencia que expresan familias de origen limítrofe en su condición de migrantes y trabajadores como un recurso positivo para insertarse laboralmente (Trpin y Vargas, 2005).

Es así como las discusiones actuales parecen acordar que las identidades, que supuestamente quedarían solapadas por la definitiva consolidación de los estados nacionales, pueden ser abordadas con la incorporación de la etnicidad como categoría que dialoga con la clase social. Por su parte, la “teoría de las vinculaciones mutuas”, se preocupa por vincular estas divisiones como sistemas combinados que definen identidades y relaciones de desigualdad enmarcados históricamente. Las categorías señaladas no se conciben como categorías *per se*, sino como punto de partida para rastrear “la mutabilidad de las estructuras ideológicas de dominación que se construyen a partir de estas distinciones” (Briones, 1998: 41). La etnicidad se constituye así como un proceso de constitución de grupos que logran combinar continuidad y transformación, influidos por cambios en los ordenamientos sociopolíticos que definen cambiantes interpelaciones e interlocutores. La etnicidad recobra relevancia por la forma en que puede vincularse con diferentes desigualdades sociales en los contextos migratorios.

Sin embargo, aún en diálogo con la etnicidad, la centralidad a la dimensión económica de las migraciones y la reproducción de una mirada sobre el trabajo asimilada a

lo productivo/masculino reflejan concepciones dominantes “sobre la diferenciación sexual del trabajo y la división tradicional de roles: varones productivos (y activos) y mujeres reproductivas (dependientes)” (Mallimaci, 2005: 120). Según dicha autora, serán los estudios feministas los que adviertan sobre la reproducción de dicho binarismo y la comprensión de las migraciones como exclusivamente laborales/masculinas sin contemplar las migraciones de mujeres. Dicha tendencia de masculinización de nuestras investigaciones debió ver repensada y problematizada ante las interpelaciones de diversas lecturas teóricas y del propio trabajo de campo.

Migración y género

La incorporación de la perspectiva de género en los estudios migratorios se da en el marco de la transformación que experimentan las ciencias sociales. En este sentido, Magliano (2009-2010) plantea que dicha incorporación tuvo dos aspectos sumamente significativos, dos momentos: uno de deconstrucción y otro de reconstrucción del conocimiento. El primero consiste en la deconstrucción del conocimiento occidental androcéntrico que permitió rescatar a actores que habían estado silenciados y también reconocer el papel de lo femenino, de lo doméstico y lo cotidiano en los procesos de transformación histórica. Por otro lado, se da una reconstrucción del conocimiento en las ciencias sociales permitido por la incorporación de parámetros sensibles al género, lo que lleva a generar propuestas epistemológicas que ponen en tensión el paradigma positivista, objetivo, racional y neutral que había caracterizado a los estudios sociales. Las migraciones, como procesos abordados por las ciencias sociales, experimentaron los cambios y transformaciones que propone esta autora.

Consideramos que los procesos analizados se encontraban sesgados sin incorporar el protagonismo de las mujeres trabajadoras y migrantes. Así como los estudios regionales han limitado la investigación sobre el trabajo agrario y las migraciones limítrofes, más escasas son las miradas que ponen de relieve el accionar de las mujeres en su condición de desigualdad de clase, género y origen nacional en la historia del norte de la Patagonia. En un avance por incorporar las perspectivas de género en las dinámicas agrarias regionales cabe mencionar los trabajos de Bendini y Pescio (1998); Bendini y Bonaccorsi (1998); Miralles y Radonich (2003); y Miralles (2004).

Expresar el desafío que involucra revisar nuestras propias investigaciones implica reflexionar sobre las tendencias que hegemonizan la presentación de la migración en términos masculinos, observando a las mujeres como “acompañantes” familiares sin intervención en la decisión de “migrar”. Mallimaci (2005) explica que el estudio de las

mujeres migrantes no fue relevante durante algún tiempo ya que tradicionalmente las migraciones se habían concebido como fenómenos netamente laborales; en los que 'lo laboral' estaba atado a lo productivo y a lo masculino. Por lo tanto, las mujeres, asociadas siempre a una presencia dependiente/pasiva y al trabajo reproductivo en el ámbito familiar no entraban en la definición de migrantes.

Entre otros aportes, señalamos el trabajo de Gaspard (1998), quien plantea que en Occidente generalmente el rostro del inmigrante ha sido el hombre/obrero, mientras que Andrés Pedreño Cánovas completa este señalamiento: "durante un tiempo los estudios migratorios invisibilizaron a las mujeres, hasta que descubrieron la importancia de las relaciones de género en las migraciones" (2011: 12). Por ello este autor retoma a Parella (2000), quien enfatiza la triple discriminación laboral que padecen las mujeres: por razón de clase social, género y etnia, alentando investigaciones con una perspectiva multidimensional.

Mallimaci, frente a las tendencias que sobreenfatizan la feminización de la migraciones laborales señala que "la mirada generizada sobre las migraciones se vinculaba a un tipo de mujer migrante: la pionera, "trabajadora" que produce nuevas formas familiares ancladas en la transnacionalidad" (2012: 2). Por ello, el análisis de las trayectorias migratorias y laborales de mujeres implica considerarlas no desde una homogeneidad de género, sino como sujetas múltiples, productos de relaciones de clase y de género en permanente contradicción, dirimidas desde experiencias que re-definieron sus posiciones en las relaciones sociales construidas en su circulación migratoria. En palabras de María Gabriela Pombo "así, el desafío es leer estas intersecciones no sólo como cruces presentes en la corporeidad y trayectoria vital de cada migrante, sino como condicionantes estructurales de las estrategias que ellas despliegan" (2011: 251).

Por otro lado, Saskia Sassen (2003) realiza una importante contribución en este sentido, al proponer entender el marco de la dinámica del capitalismo de las últimas décadas en sus formas concretas para captar sus efectos de género. Los procesos de acumulación en los cuales se insertan las mujeres migrantes las ubican en la informalización, que introduce "flexibilidad, reduce las "cargas" de la regulación y disminuye los costes, especialmente los del trabajo" (75). Sin embargo, para la autora, la degradación económica mediante la informalización crea oportunidades para las mujeres y "reconfigura algunas de las jerarquías en las que encuentran de modo central las mujeres, tanto en el hogar como en el trabajo (Sassen: 76).

Indagar los cruces entre los procesos migratorios y la presencia de las mujeres ha constituido en las últimas décadas uno de los primeros desafíos de estos estudios feministas abocados a las migraciones, en tanto, según Carmen Gregorio Gil “proponen visibilizar la experiencia y las particularidades de las migraciones femeninas, con la intención de llenar el vacío de una mirada androcéntrica que considera al hombre como el único protagonista” (2012: 571). Pero además, la misma autora nos invita al desafío de incorporar al género en el estudio de las migraciones, superando su utilización como una mera variable y pensándolo como un principio de organización social, de producción de desigualdad y de relaciones de poder (Gregorio Gil, 2013); y, en palabras de Mallimaci situar la problematización “ya no sobre la invisibilidad de mujeres migrantes, sino por el modo en que se han “visibilizado”” (2012: 3).

Inquietudes o incomodidades teóricas: mirar con otros lentes

Tal como señalamos, el trabajo de investigación con mujeres migrantes genera al interior de nuestras investigaciones y en las formaciones disciplinares ciertas incomodidades teóricas. Éstas surgen principalmente cuando el campo nos muestra sujetos, sujetas, procesos, espacios o formas que llaman nuestra atención porque no podemos abordarlos/as sólo desde los conocimientos provistos por nuestras formaciones disciplinares en las que en general han sido androcéntricas. En esos momentos, debemos tomar decisiones teóricas y metodológicas que implican un desafío que traspasa lo disciplinar y el campo de los estudios migratorios.

A continuación presentaremos algunas características que presentan las producciones agrarias que son objeto de nuestro estudio y que nos generan la necesidad de nuevos ‘lentes’ en nuestra práctica investigativa.

Mujeres y varones bolivianos en la horticultura: género y control del espacio

En el Valle Medio de Río Negro la actividad hortícola vive un importante dinamismo desde las últimas décadas del siglo XX. Esta región concentra actualmente casi la mitad de la superficie destinada al cultivo de hortalizas de toda la provincia y, de forma similar a lo que sucede en otras regiones del país, las familias de origen boliviano se convierten en un importante protagonista.

En el trabajo de campo realizado entre los años 2013 y 2014 recorrimos ocho predios productivos y ferias locales y registramos diferentes momentos de las jornadas de trabajo de los y las productores/as en diferentes momentos del año, así como también entrevistamos 10 productoras/es. Observamos que las mujeres se hacen cargo de las producciones

destinadas al consumo en fresco, es decir, a la producción de frutas y hortalizas que se destinan al consumo familiar y a la venta en ferias, actividad que suele realizarse en extensiones de no más de 5 has y en la que ellas pueden trabajar con ayuda de sus hijos/as. Los hombres, en cambio, son los encargados de las producciones a gran escala, ya sea que se destinen al mercado interno o a la exportación, así como también de entablar los vínculos contractuales con las agroindustrias tomateras. Esta actividad, implica que el productor boliviano se vincule con actores del sector público o privado, lo que lo convierte en la cara visible de estas grandes producciones. En este sentido, la chacra es un espacio que se estructura en función del género, siendo en este caso, la escala de producción uno de los elementos que permiten definir/delimitar cuál es el espacio y las actividades que le “corresponden” a los hombres y a las mujeres. Los productores que hacen cultivos intensivos para la agroindustria, en *“una esquinita hacen la huerta”* las mujeres, a veces acompañadas por sus hijos e hijas. Ante las investigadoras los hombres descalifican el valor de la huerta: *“tiene sus florcitas”* y el trabajo de las mujeres, por considerarla una actividad menor y que no garantiza la reinversión en la producción a escala ni el alquiler de la tierra. Una entrevistada nos comenta que la gente le dice:

“cómo podés estar todo el día acá?”. A veces a la 1 de la madrugada con la linterna, porque el zapallo se riega de noche, a cada hora pone el despertador para regar” (L., 2014) (el cuidado de su producción es fundamental para garantizar verduras en la feria)

Aunque las mujeres son las protagonistas de la producción y comercialización de las verduras para la venta en el mercado interno, hemos observado cómo sus esposos las ayudan a cargar los cajones en las camionetas –que en general son conducidas por los hombres- las trasladan hasta los lugares de las ferias, les ayudan a acondicionar los puestos de venta y luego las van a buscar cuando finaliza el horario de atención.

El espacio público de las ferias municipales son una alternativa de venta directa que se replica en diferentes municipios de Valle Medio: mientras que en Lamarque y Luis Beltrán las ferias se realizan el sábado, a la mañana y a la tarde respectivamente, en Choele Choele son los domingos, lo que le permite a las productoras circular por ellas vendiendo sus verduras. Particularmente en Lamarque las mujeres tienen un gran protagonismo; se ubican en la plaza del centro, frente al municipio, y una vez armado el stand (tarea realizada por los maridos o los hijos varones), instalan y conectan la balanza electrónica, se colocan el delantal, los guantes y la cofia que cubre su cabello disponiéndose a atender al público. La feria visibiliza a estas productoras, generando la imagen de un espacio dominado por ellas.

Sin embargo, al interior de la feria hay espacios que nos les pertenecen. Por ejemplo, en Lamarque, mientras se desarrolla la feria con las mujeres y sus hijas en los puestos de venta, los hombres participan junto con la coordinadora municipal de una reunión en la que se discuten, organizan y deciden cuestiones vinculadas a la actividad. Esa reunión es un espacio de negociación y decisión importante para los/as productores/as ya que allí se organiza el abastecimiento y distribución de productos hortícolas, que volumen se requiere y quién puede proveerlo.

La feria, al igual que la chacra es un espacio estructurado por el género. De esta manera, el ser mujer/hija/productora o ser hombre/hijo/productor define el lugar que se ocupa dentro de ella, el lugar del que se apropia cada uno/a de ellos/as. Así, el género se expresa, se materializa y los espacios, en palabras de Mallimaci (2005) se “generizan”.

En función de las observaciones y registros de campo, podemos afirmar que en la chacra, los hombres y las mujeres bolivianas ocupan distintos lugares. La presencia de estos hombres y mujeres en el campo, sus experiencias, sus relatos, nos han llevado a plantearnos un interrogante: ¿cómo se organiza el trabajo en la chacra y en la feria?, ¿qué papel cumple el género en la construcción de estos espacios?

En este sentido, surge en nuestros análisis la necesidad de incorporar una variable que permita comprender cómo se configuran estos espacios. Los aportes del género en la Geografía se han iniciado tardíamente, en comparación con las demás ciencias sociales. Es más, algunas autoras se inclinan a pensar que la Geografía por haberse centrado en los análisis espaciales ha ignorado la variable género como elemento de diferenciación social y ha presentado a la sociedad como neutra, homogénea y asexuada (Sabaté Martínez, Rodríguez Moya y Díaz Muñoz, 1995). Por este motivo es que se considera que la Geografía tiene una ‘deuda’ con las mujeres, ya que ha presentado una sociedad fundamentalmente masculina (Kasrten y Meertens, 1991-1992).

La Geografía ha planteado que el espacio es una construcción social, incorporando la técnica, el trabajo y el tiempo como variables estructuradoras de esa construcción. Pero esa sociedad no es neutra, ni homogénea y mucho menos asexuada (Sabaté Martínez et al, 1995). El género es una de esas variables que también forman parte de la construcción espacial, ya que los hombres y las mujeres valoran, acceden, se apropian y construyen los espacios de formas diferentes.

Mujeres migrantes en la fruticultura: la clase con lentes de género

El Alto Valle de Río Negro, se ha caracterizado desde comienzos del siglo XX por ser una zona productiva destinada a la fruticultura. Esta actividad se basó históricamente en los

pequeños productores que junto a su familia, absorbieron la puesta en producción y mantenimiento de las diferentes tareas rurales. Sin embargo, la época de cosecha de peras y manzanas no pudo sostenerse con la mano de obra familiar y la contratación de trabajadores temporarios fue una tendencia que se consolidó junto al proceso de expansión de la fruticultura, hacia mediados del siglo XX.

En la zona estudiada, la mano de obra temporal se caracterizó por la presencia de hombres que se movilizaban desde Chile solos o con su grupo familiar para la cosecha de fruta, y por el paulatino asentamiento en áreas rurales del Alto Valle, principalmente desde la segunda mitad del siglo XX, en vistas de las posibilidades laborales que otorgaba la fruticultura tanto para los hombres como para las mujeres.

Desde mediados de la década de 1960, en plena expansión productiva, fue la recolección de frutas –dada su estacionalidad–, la tarea que ofreció a las mujeres la oportunidad de acceder a un ingreso. Las trabajadoras entrevistadas entre los años 2008 y 2011 recuerdan la cosecha como el momento decisivo, que permitió conocer el Alto Valle e insertarse en un mercado de trabajo en el que las posibilidades de sostener diferentes tareas durante el año garantizaba la reproducción familiar. Las mujeres recuerdan dos tareas que implicaban esfuerzo físico: la poda y la cosecha, con un énfasis en el “*aguantar*”, así como el problema del manejo de las altas escaleras. A la sobre exigencia física se sumaba “*estar en negro*”, situación que las destinaba a una condición de vulnerabilidad. “En negro/lo negro” como negatividad, exalta esa representación de explotación sin derechos en la que se asumió el empleo en los espacios rurales por ser mujeres y migrantes. Si bien en los recuerdos, “aguantar” la pesadez del trabajo garantiza permanecer en el puesto, en la producción frutícola se considera que las mujeres han realizado históricamente tareas consideradas “*más livianas*” o de menor calificación y valoración. El trabajo señalado como “*más liviano*” consiste en la recolección de fruta del suelo, involucra moverse entre los frutales con bolsas de nylon y agachadas, mientras los hombres transportan las altas escaleras y cargan las mochilas recolectoras sobre los hombros y delante del pecho para cosechar la fruta de los árboles.

Las posiciones de los cuerpos de hombres y mujeres circulan por las chacras con diferente postura: mientras ellas con sus espaldas curvas zigzaguean entre planta y planta buscando en silencio las manzanas y peras caídas –generalmente estropeadas, marcadas por los insectos y podridas–; ellos, en una postura elevada sobre las altas escaleras recogen la fruta de tamaño, color y calidad suficientes para ser transportada luego a los galpones de empaque. Desde ese lugar en altura observan la tarea no reconocida e invisible de sus

compañeras de trabajo que recuperan la fruta de menor valor, aquella cuyo destino no será la exportación en fresco sino la industria. Tareas desiguales para destinos de diferente valoración. Aún como parte de esta división del trabajo en las chacras, en la que las mujeres realizan tareas consideradas livianas, ellas recuerdan el desgaste y el cansancio, las horas interminables de trabajo “pesado” (Radonich y Trpin, 2012).

En su condición de mujeres el cuerpo delata el trabajo expuesto a esfuerzos físicos, escasos controles médicos y reducidas posibilidades de descanso, más aún cuando estaban a cargo de la familia. Mirtha, una entrevistada, recuerda lo poco que dormía, ya que llegaba junto a sus hijos pequeños de trabajar por la noche, acomodaba “el rancho”, luego preparaba la vianda para el día siguiente porque el patrón los pasaba a buscar a las 6 de la mañana para dirigirse a la chacra. A pesar de estas condiciones en las cuales permanecían en la Argentina, algunas informantes expresaron que sentían que era más difícil ser mujer en su país de origen. La condición de opresión y violencia que algunas compartieron desde los relatos, sostuvo no sólo la decisión de migrar sino incluso no regresar. Elena recuerda que:

“tenía quince años cuando crucé a pata la cordillera, mi propósito no era venir a trabajar, como en el caso de otra gente, me vine escapando de Chile, me habían casado, esas cosas que se hacían antes vio y yo no acepté a esa persona como mi marido” (2008)

Mientras que Mirtha con tristeza cuenta que:

“el padre de mis hijos, cada vez que llegaba a casa me maltrataba, una amiga chilena me dijo “vamos, vamos tonta que ya sufriste mucho acá, vamos a recoger manzanas”, y le dije “pero a mis chicos no los dejo” (...) me vine con los chicos chicos (...) y ya no volví” (2011).

La experiencia migratoria fue significada por las entrevistadas como una posibilidad de cambiar su vida como mujeres, dejar atrás esa dominación y opresión, la violencia sentida en el maltrato físico y en la imposición de un destino. Estas situaciones relatadas dan cuenta de la complejidad de las estructuras de la violencia que sustentan el poder patriarcal, y de cómo algunas mujeres sintieron la necesidad de “escapar de Chile” y con ello escapar de la violencia que las sometía. Rita Segato señala que la mujer se rehace a pesar de esas tramas, se rehace “como sujeto social y psíquico diferenciado, capaz de autonomía, (...) una parte de ella se adapte a la posición que le es atribuida, mientras permanece un resto que no cabe enteramente (...) un deseo otro que no es el de la sumisión” (2003: 145). Ese deseo otro les permitió sostener una alternativa en las que fueran gestoras de sus trayectorias, el hecho migratorio, sin cuestionar los mandatos de género, consolidó una posibilidad otra para sus vidas y las de sus hijos e hijas (Radonich y Trpin, 2013).

Este inicial interés por poner de relieve la presencia de las mujeres en tanto trabajadoras migrantes daba cuenta de un primer desafío planteado por las feministas marxistas “corregir el sesgo masculino de los estudios migratorios”, recuperar su autonomía ya que “referirse a la autonomía (...) implicaba pensar a la mujeres como trabajadoras (Mallimaci, 2005: 123). Sin embargo, la situación de clase volvía a ser el centro, continuando con la tendencia advertida por Joan Scott (1999) de cómo dicha categoría se torna en la identidad más importante y, por ello, otras relaciones de poder como las relaciones de género no son abordadas como eje vertebrador.

Mallimaci señala que si bien repensar la clase y la relación con las migraciones permite avanzar en los estudios sobre migraciones de mujeres, se mantiene inalterada la preponderancia de lo productivo como modo de visibilizar la presencia de mujeres determinada por la clase. Por otro lado, en el abordaje del proyecto migratorio protagonizado por mujeres trabajadoras se corre el riesgo de esencializar los cambios que el “hecho migratorio” produce en los sujetos, especialmente en las mujeres que migran por trabajo, en tanto “la variedad de experiencias laborales encierra una diversa capacidad de repercusión sobre la situación de la mujer migrante” (Ariza, 2000: 43). Sin embargo, resulta pertinente estar atentas en no significar el hecho migratorio como un necesario paso para el “empoderamiento” de las mujeres, calificando su pasado como opresivo y tradicional en oposición a las relaciones “más modernas”, en los casos estudiados, situadas en la Argentina. Se advierte que las principales críticas a los análisis sobre la relación entre migración y emancipación femenina o entre trabajo en lugar de destino y autonomía “se dirigen al “etnocentrismo y reduccionismo, sosteniendo una concepción de migración de mujeres “como una oportunidad de las mujeres del “tercer mundo” de incorporarse al mercado de trabajo y la modernidad” (Mallimaci, 2005: 132).

Cómo dar cuenta de las experiencias migratorias de mujeres trabajadoras migrantes se constituyó en un desafío que debió abrirse a nuevas indagaciones que traspasaran las determinaciones de la clase y permitieran observar la complejidad de los sistemas de opresión que atraviesan las vidas y decisiones de las migrantes.

Reflexiones

El estudio de mujeres migrantes en espacios agrarios nos ha implicado un verdadero desafío como investigadoras. Por ello es que elegimos como título de nuestro artículo *Mujeres migrantes en producciones agrarias de Río Negro: aportes para abordar la interseccionalidad en las desigualdades*, en tanto posibilidad de repensar, reflexionar, deconstruir y reconstruir al interior de nuestras disciplinas cruces conceptuales y aperturas

teóricas. En parte dar lugar o ‘hacer dialogar’ miradas que nos permiten complejizar los análisis. En este sentido, la etnicidad fue complejizándose como categoría que dialoga con la clase social y el género y el espacio abierto a la presencia de las mujeres como parte de territorios circulatorios (Tarrus, 2000).

Este último reto requiere la vinculación con otras disciplinas y lecturas que nos permitan “cambiar los lentes” con los que estábamos mirando a las producciones agrarias estudiadas y a los/as sujetos/as que allí trabajan. Incorporar lecturas desde el género nos permite reflexionar acerca de cómo se ha estudiado a las mujeres en los procesos migratorios y cómo se concibe su trabajo en relación al trabajo masculino. Pero también nos advierte sobre no ‘caer’ en ciertas victimizaciones (estudiándolas como sujetas oprimidas, vulnerables, propensas a la explotación y al maltrato o que vivencian procesos y experimentan fuerzas externas que no pueden controlar) o generalizaciones etnocentradas (mujer ‘pionera’, trabajadora, transnacional). De esta forma, el análisis de las trayectorias migratorias y laborales de mujeres implica considerarlas no desde una homogeneidad de género, sino como sujetas múltiples, productos de relaciones de clase y de género en permanente contradicción, dirimidas desde experiencias que re-definieron sus posiciones en las relaciones sociales construidas en su circulación migratoria.

Asimismo consideramos que estudiar la trayectoria en la vida de un migrante o una migrante tampoco se restringe a atender a su inserción laboral o productiva, sino también a otros procesos que lo/la atraviesan y que forman parte de su existencia (Anthias, 2006). Pensamos que la perspectiva de la interseccionalidad nos permite considerar a las mujeres migrantes como sujetas que expresan diferentes pertenencias y que en su cotidianidad son interseccionadas por diversas formas de desigualdad social, política, cultural. Desigualdades que resultan de diversas posiciones en las relaciones de poder y deben comprenderse de manera relacional y no adicional; desigualdades que se yuxtaponen y se expresan en las mujeres migrantes, en sus cuerpos y en los espacios por los que circulan.

Alonso y Díaz señalan que más que observar la simultaneidad, complementariedad o articulación entre las desigualdades de género, clase, raza y sexualidad, el desafío actual de los estudios interseccionales es superar los análisis fragmentados y/o fraccionados de las opresiones, y así procurar análisis más complejos sobre las diferentes formas de opresión, las cuales se encarnan “en cuerpos situados geohistóricamente en procesos particulares y locales” (2012:89). Esta interpelación involucra pensarnos como mujeres investigadoras ante nuevos modos de producir conocimiento sobre las migraciones.

Citas bibliográficas

- Alonso, G. y Díaz, R., 2012. "Reflexiones acerca de los aportes de las epistemologías feministas y descoloniales para pensar la investigación social". *Debates insurgentes*, N°1: 75: 98.
- Anthias, F., 2006. "Género, etnicidad, clase y migración: interseccionalidad y pertenencia translocalizacional". En: Pilar Rodríguez (ed). *Feminismos periféricos*. Editorial Alhulia. Granada. 49-68.
- Arango, J., 2003. "La explicación teórica de las migraciones: luz y sombra". *Revista Migración y desarrollo*, N° 1: 4-22.
- Ariza, M., 2000. "Las mujeres frente a la emigración masculina. Nuevas construcciones de lo femenino. Género y migración femenina: dimensiones analíticas y desafíos metodológicos". En: Dalia Bassols y Cristina Oehmichen Bazán (eds.). *Migración y relaciones de género en México*. GIMTRP, A.C. IIA/UNAM. México DF. 33-62.
- Bendini, M. y Bonaccorsi, N., (comps.). 1998. *Con las Puras Manos. Mujer y trabajo en regiones frutícolas de exportación*, 122 p. La Colmena. Buenos Aires.
- Bendini, M. y Pescio, C., 1998. "Mujer y trabajo: Las empacadoras de fruta del Alto Valle" en Mónica Bendini, Nélica Bonaccorsi (comps.). *Con las Puras Manos. Mujer y trabajo en regiones frutícolas de exportación*. La Colmena. Buenos Aires. 15-30.
- Benencia, R., 1998-1999. "El fenómeno de la migración limítrofe en la Argentina: interrogantes y propuestas". *Revista Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N°40-41: 419-448.
- Briones, C., 1998. *La alteridad del "Cuarto Mundo". Una deconstrucción antropológica de la diferencia*, 125 p. Ediciones del Sol. Buenos Aires.
- Davis, A., 1981. *Mujeres, raza y clase*. 240 p. Alcal. Madrid.
- Gaspard, F., 1998. "Invisibles, diabolisées, instrumentalisées : figures de migrants et de leurs filles" En: Margaret Maruani (dir.). *Les nouvelles frontières de l'égalité, hommes et femmes sur le marché du travail. La Découverte*. Paris. 183-192.
- Gregorio Gil, C., 2012. "Tensiones conceptuales en la relación entre género y migraciones. Reflexiones desde la etnografía y la crítica feminista". *Revista Papers*, N°97: 569-590.
- Gregorio Gil, C., 2013. "La categoría género a la luz del parentesco en el análisis de las migraciones transnacionales: la maternidad transnacional y las cadenas mundiales de afecto y asistencia". *Anuario Americanista Europeo*, N° 11: 11-29.
- Kasrten, L. y Meertens, D., 1991-1992. "La Geografía del Género: sobre visibilidad, identidad y relaciones de poder". *Documents d' analisis geográfica*, 19-20: 181-193.

Magliano, M. J., 2009-2010. "El género y la historia oral en los estudios sobre las migraciones internacionales: aportes y desafíos". En: Anuario n° 22- Escuela de Historia-Revista Digital, N°1: 53-80.

Mallimaci B., A., 2005. "Nuevas miradas. Aportes de la perspectiva de género al estudio de los fenómenos migratorios". En: Néstor Cohen y Carolina Mera (comp.). Relaciones interculturales: experiencias y representación social de los migrantes. Antropofagia. Buenos Aires. 115-138.

Mallimaci, A., 2012. Revisitando la relación entre géneros y migraciones: Resultados de una investigación en Argentina. Mora (B. Aires) [online]. vol.18, n.2 [acceso 2014-10-10], Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-001X2012000200006&lng=es&nrm=iso>.

Miralles, G., 2004. Entre la casa y el galpón ¿hay lugar para el sindicato?, 199 p. Publifadecs. General Roca.

Miralles, G. y Radonich, M., 2003. "De trabajadoras familiares y asalariadas de los Valles de los ríos Negro y Neuquén". En: Susana Masseroni y Mónica Bendini (comps.). El trabajo femenino. Distintos ámbitos y abordajes. Documento de Trabajo N° 35. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Buenos Aires. 69-81.

Neffa, F.; de la Garza Toledo, E.; Muñiz Terra, L., (comp.). 2011. Trabajo, empleo, calificaciones profesionales, relaciones de trabajo e identidades laborales, 464 p. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Buenos Aires.

Pacecca, M. I. y Curtis, C., 2008. Inmigración contemporánea en Argentina: dinámicas y políticas, 72 p. CEPAL. Santiago de Chile.

Parella, S., 2000. "El trasvase de desigualdades de clase y etnia entre mujeres de servicios de proximidad". Papers, 60: 275-289.

Pedreño Cánovas, A., 2005. "Sociedades etnofragmentadas". En: Andrés Pedreño Cánovas y Manuel Hernández Pedreño (coords.). La condición inmigrante. Exploraciones e investigaciones desde la Región de Murcia. Universidad de Murcia. Murcia. 75-106.

Pedreño Cánovas, A., 2011. "La condición inmigrante del trabajo en las agriculturas globalizadas". En: Sara Lara Flores (comp.). Los "encadenamientos migratorios" en espacios de agricultura intensiva. Miguel Ángel Porrúa. México DF. 5-15.

Piore, M. 1979. Birds of Passage: Migrant Labour and Industrial Societies, 229 p. Cambridge University Press. Cambridge.

Pizarro, C., 2011. "Sufriendo y resistiendo la segregación laboral: experiencias de migrantes bolivianos que trabajan en el sector hortícola de la región metropolitana de la ciudad de Córdoba". En: Cynthia Pizarro (comp). Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate. CICCUS. Buenos Aires. 335-358.

Pombo, M., 2011. "La organización del trabajo doméstico y de cuidados no remunerados en mujeres migrantes procedentes de Bolivia: posibles lecturas desde el feminismo poscolonial". En: Karina Bidaseca y Vanesa Vazquez Laba (comps.). Feminismos y

poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina. Godot. Buenos Aires. 247-259.

Radonich, R.; Trpin, V.; y Ciarallo, A., 2011. "Chilenos y bolivianos en la conformación de territorios en áreas rurales del Alto Valle de Río Negro, Argentina". En: Cynthia Pizarro (comp.). Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate. CICCUS. Buenos Aires. 379-400.

Radonich, M. y Trpin, V., 2012. "Mujeres de origen chileno en la fruticultura: movilidad y trabajo en territorios rurales del Alto Valle de Río Negro, Argentina". Actas del Tercer Congreso latinoamericano de Antropología ALA 2012. ISBN 978-956-19-0779-9. Disponible en: www.facso.uchile.cl/antropologia/ala2012. Santiago de Chile.

-----, 2013. "Mujeres migrantes en la organización de territorios rurales en el Alto Valle de Río Negro". En: Gabriela Karasik (coord.). Migraciones Internacionales. Reflexiones y estudios sobre la movilidad territorial contemporánea. CICCUS. Buenos Aires. 279-304.

Sabaté Martínez, A., Rodríguez Moya, J. y Díaz Muñoz, M. 1995. Mujeres, espacio y sociedad. Hacia una geografía del género, 347 p. Editorial Síntesis. Madrid.

Sassen, S., 2003. Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos, 160 p. Traficantes de Sueños. Madrid.

Sassen, S., 2007. Una sociología de la globalización, 323 p. New York: Kats Editores.

Scott, J., 1999. "Experiencia". Em: Alcione Leite da Silva, Mara Coelho de Souza Lago y Tania Oliveira Ramos (org.). Falas de genero. Teoria, analises, leituras. Editora Mulheres. Santa Catalina. 21-54.

Segato, R., 2003. Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos, 261 p. Prometeo/Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires.

Steimbregger, N; Trpin, V. y Bendini, M., 2011. "Gestión y organización del trabajo para la época de cosecha de fruta". En: VII Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales. CD ROOM. 20 pp. Buenos Aires.

Tarrius, A., 2000. "Leer, describir, interpretar. Las circulaciones migratorias: conveniencia de la noción de "territorio circulatorio". Los nuevos hábitos de la identidad". Revista Relaciones 83, 39-66.

Trpin, V., 2004. Aprender a ser chilenos. Identidad, trabajo y residencia de familias migrantes en el Alto Valle de Río Negro, 116 p. Antropofagia-IDES. Buenos Aires.

Trpin, V. y Rodríguez, D., 2014. "Abordajes interdisciplinarios de la movilidad de las poblaciones: territorio y mercados de trabajo en el norte de la Patagonia". POLIS. Revista Latinoamericana, N°41. En prensa.

Trpin, V. y Vargas, P., 2005. "Trabajadores bolivianos, chilenos y paraguayos en la Argentina: una aproximación en casos etnográficos". En: Néstor Cohen y Carolina Mera



(comp.). Relaciones interculturales: experiencias y representación social de los migrantes. Antropofagia. Buenos Aires. 191-207.